



 Carmen
Amoraga **Basta con
vivir**

DESTINO

Basta
con vivir
Carmen
Amoraga

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1413

© Carmen Amoraga, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5287-6

Depósito legal: B. 21.204-2017

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

1. Como si fuera un eterno nublado	11
2. La vida es un verso largo	93
3. Basta con vivir	231
Epílogo	305
Nota de la autora y agradecimientos	315

I
Como si fuera
un eterno nublado

Ignoro tu destreza para cerrar y abrir
pero cierto es que algo me dice
que la voz de tus ojos es más profunda
que todas las rosas...
Nadie, ni siquiera la lluvia tiene
manos tan pequeñas.

E. E. CUMMINGS,
Ni siquiera la lluvia

La habitación está oscura.

En la habitación oscura, una mujer trata de dormir sobre una cama que cruje.

La mujer que trata de dormir en la cama que cruje se remueve, inquieta. Le molesta el quejido del somier, que lamenta con tristeza cada uno de sus movimientos, los de esa noche y los de todas las noches que la mujer que trata de dormir intenta conciliar el sueño en la misma cama en la que nació, hace ya demasiado. ¿Cuánto? Demasiado. No es que piense en la muerte, pero la vida le cansa.

La vida cansa a la mujer que trata de dormir en la habitación oscura en una cama que cruje, seguramente porque por las noches apenas cierra los ojos un par de horas, justo antes de que amanezca y el despertador suene a las siete, y antes a las siete menos cuarto y antes a las seis y media, porque entonces, cuando es preciso que se levante, sí que tiene sueño. Un sueño paralizante, incompatible con la vida, incompatible con la obligación de salir de allí, de ponerse las zapatillas, de abrir el grifo mientras mea, de enfadarse porque se ha olvidado de colocar el teléfo-

no de la ducha en el cubo de fregar para no desperdiciar el agua hasta que se calienta, de poner la cafetera en el fuego, de ducharse mientras sale el café, de tomarse el café al mismo tiempo que se seca con el albornoz fucsia que se compró en el Carrefour el invierno pasado y que le costó muy barato y que ya clarea por las costuras y que casi no le quita el frío y casi ni la seca pero que ella no tira porque ella no es de tirar las cosas porque de tirar nadie se hace rico. Tampoco le da tiempo de vestirse con la ropa que dejó preparada en el mismo galán de noche en el que su madre colocaba la ropa de su marido antes de acostarse. Lo hace, vestirse, deprisa y corriendo. A veces se tropieza, se da golpes con la pata de la cama en las espinillas y se hace moraduras que se le quedan marcadas en las piernas. Luego, cuando se acuerda, le entra risa y piensa que al día siguiente dejará preparada la cámara del móvil para grabar si se cae y enseñarle la caída a Ramón, o a sus compañeros de trabajo, y se figura que se reirán juntos y se hace la ilusión de tener amigos, de tener gente con la que reírse de sus cosas, de sus torpezas.

El galán de noche en el que cuelga su ropa la mujer que trata de dormir sobre la cama que cruje en la habitación oscura es de nogal y perteneció a sus padres. También el cabezal fue de ellos, y las patas de la cama, que tienen forma de garra. De pequeña le daba miedo entrar, pero, al mismo tiempo, quería estar dentro. Se preguntaba qué suerte de milagro transformador se produciría en ese santuario de muebles recios, oscuros, solemnes. Un prodigio que en nada tenía que envidiar a la conversión del agua

en vino en las bodas de Caná porque sus padres entraban serios y circunspectos, el padre primero, que para eso madrugaba y los mantenía a todos con la fuerza de su trabajo, y la madre después, cuando ya había dejado a los niños acostados y en silencio, las luces apagadas. La casa parecía muerta hasta que al cabo de un rato el cuarto cobraba vida y de allí no salían más que susurros, risas y carcajadas, las únicas que se escuchaban enteras, sin interrupción, sin el imperativo que les obligaba a callar en el número trece de la calle Mayor en todas las horas del día.

El somier se quejaba, ya entonces, y a la mañana siguiente, cada mañana siguiente, la habitación devolvía a los mismos padres sobrios y discretos que se despedían con un beso en la frente de cada uno de los hijos y entre los esposos, también.

Ella, que recuerda su infancia como si fuera un eterno día nublado, creció convencida de que el sol llegaría si conseguía permanecer dentro el tiempo suficiente. Creía que, si lo lograba, entrar, permanecer, también sería una persona distinta, aunque fuera por un rato, pero cuando tuvo edad para quedarse el efecto mágico, milagroso, había debido de evaporarse, porque ella es la misma al levantarse que cuando se acuesta. La misma. La misma cuando conecta el despertador sobre la mesilla de noche que cuando lo apaga. Asqueada de la vida. Harta. Nublada. Cansada de esa vida, pero también cansada de estar asqueada, harta, nublada.

La mesilla de noche sobre la que la mujer cansada conecta y apaga el despertador también es de nogal, y sus patas también están hechas en forma de

garra, y también perteneció a sus padres. Tiene un sobre de mármol que está cubierto por un cristal fino. En la otra mesilla, la que está más cerca de la ventana, el vidrio está quebrado por la mitad y no tiene fotografías. En la de la derecha, al lado de la puerta, están todas, metidas entre la piedra y el cristal. Todas son ocho: sus padres el día de su boda; sus padres en el bautizo de Francisco; sus padres en el bautizo de Manolo; sus padres en el bautizo de ella; su padre leyendo el *ABC* en su despacho; su madre una tarde noche con un cirio en la mano y una mantilla sobre la cabeza y los hombros en una procesión; ella con Ramón; Ramón. Algunas son viejas, las de ella con Ramón son las más recientes. Sus padres sonrían en la de su boda y su madre no parece triste en la de la procesión; todos los niños lloran mientras les cristianan y Ramón está contento en las suyas, porque Ramón siempre está contento, es su forma de ser.

La forma de ser de Ramón no se le contagia a ella. A veces lo piensa: si Ramón pudiera elegir, seguramente se iría con otra.

Si pudiera, le diría:

—Mira, Pepa, es que eres insoportable.

O:

—Joder, Pepa, es que no hay quien te aguante.

O:

—La Virgen santa, Pepa, es que la vida contigo es un tormento.

Ella sólo podría replicarle con algo del tipo:

—Ramón, ordinaríeces ni una que no te las consiento.

O:

—No blasfemes, Ramón, que en esta casa no se blasfema.

Pero sobre lo demás, no podría decirle nada, porque Ramón, de poder decirle esas cosas, no estaría faltando a la verdad. Pero Ramón también está atrapado en esa vida, como ella.

Ya no hacen nada juntos, excepto lo elemental para cubrir las necesidades. A veces, ni eso. Ya apenas si habla con él, no le cuenta nada, no tiene ganas de explicarle qué tal le ha ido en el trabajo o si piensa ir a hacer la compra el viernes por la tarde o el sábado por la mañana, porque su vida tampoco da para más. Él no es que muestre interés. Antes la miraba y sólo con eso ella ya sabía que Ramón quería oír su voz, sentir sus caricias. Piensa mucho en eso, en cómo se ha deteriorado su relación, mientras da vueltas en la cama, insomne, enfadada con Ramón que ronca y con el somier que cruje, y se pregunta en qué momento la vida se convirtió en una trampa de la que no puede escapar ni siquiera durmiendo.

A menudo le mira, a Ramón. Le observa en su sueño, tranquilo, y siente cierta envidia de su placidez. Se pregunta si no valdrá la pena ser como él, recuperarle, recuperar lo que seguramente nunca ha tenido y ser feliz. A lo mejor, se dice, cuesta más esfuerzo mantener la cara de culo que ella tiene todo el tiempo que sonreír. A lo mejor si sonriera más las cosas serían distintas, y según lo piensa, se va al baño y ensaya sonrisas frente al espejo para hacerlas al día siguiente, pero no le salen. Le cuesta. Ella es de poco sonreír.

Vuelve a la cama. Se duerme y, a veces, sueña con que la vida le va moderadamente bien. Sus sueños son como es ella, pequeña, de poca ambición. En sus sueños sonrío poco, pero más que en la realidad, y no está contenta a todas horas, pero es feliz con moderación. Acepta, en sueños, los pequeños regalos que le da la vida, una conversación sin trascendencia, unos calamares a la romana con una cerveza antes de comer, nada, tonterías. En sueños, lo nota. Nota que esa es la vida que quiere, no la que tiene.

El despertador la saca de esa otra vida, de esa vida distinta, de esa vida mejor.

Pone los pies en la alfombra y a tientas busca las zapatillas.

Casi siempre le da una patada a Ramón. A veces es queriendo.

Ramón ni se queja.

Se levanta de la alfombra, mueve el rabo lentamente, como con desgana, y sale de la habitación.